

Niño D. Felipe Ferrusca.
 " " Gregorio Guerrero.
 " " Mariano Guerrero.
 " " Gonzalo Espinoza.
 " " Melitón Castillo.
 " " Luis Piña.
 " " Andrés Almaraz.

Además 31 Alumnos del Seminario.

Los Sres. Adrián Gutiérrez, José Espinobarros,
 Ponciano Padilla, Luis Carmona y los Jóvenes y Ni-
 ños de los coros de S. Gregorio y del Asilo formaron
 parte del coro.



SERMON

PREDICADO

Por el Sr. Cura Lic. D. José María Arias

EN LA

Colegiata del Tepeyac,

EN

LA SOLEMNE FUNCION

QUE CELEBRÓ ALLÍ

LA DECIMAQUINTA

PEREGRINACION DE QUERETARO

EL 2 DE JULIO DE 1900.

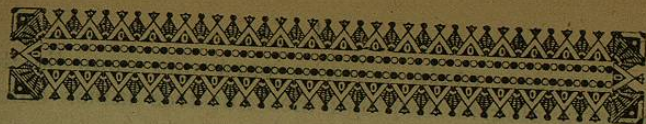
CON LICENCIA ECLESIASTICA.

QUERÉTARO.

IMP. DE LA ESCUELA DE ARTES.

Santa Clara núm. 7.

1900.



Populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam: habitantibus in regione umbrae mortis, lux orta est eis.—ISAÍAS, Cap. 9. v. 2.

El Pueblo, que andaba en tinieblas vió una grande luz, á los que moraban en la región de la sombra de muerte, les nació la luz.—ISAÍAS, Cap. 9. v. 2.

LA Iglesia de Querétaro frente á la augusta Reyna de México! ¡Los hijos de Querétaro nos encontramos en estos momentos pisando el bendito Tepeyac! ¡La Diócesis de Querétaro precidida por su dignísimo Prelado, rodeando está el altar de su tierna y querida Madre María de Guadalupe! ¡Ah! ¡qué mayor dicha! ¿qué mayor felicidad? Decidme, hermanos míos: ¿Por qué tenemos hoy tanta dicha? ¿Por qué nos ha cabido en suerte hoy gozar de tanta felicidad? Es porque alejándonos de nuestros hogares, y dejando todo lo que nos perteneciera, hemos venido con el corazón henchido de gozo y contento á rendirle á nuestra hermosa y querida Reyna el homenaje más humilde y sincero de nuestro amor y eterna gratitud.

Es porque hoy, en nuestra décimaquinta peregrinación, venimos atraídos por la fragancia suave y delicado perfume de la Virgen del Tepeyac, á cumplir con el deber sagrado y satisfactorio de Mexicanos hijos de María de Guadalupe.

Entonces, razón tenemos para que en medio de nuestra alegría despleguemos nuestros labios entonando armoniosos cánticos, que vayan á hacer eco en las bóvedas de este recinto sagrado.

Razón tenemos para levantar en alas de la fé nuestros humildes corazones hasta el excelso Trono de nuestra predilecta Madre, y presentarle con ciega confianza nuestras quejas, nuestras penas y dolores, gozando en esto de una dicha y felicidad inefables.

Sí, hermanos míos, María de Guadalupe es Madre de los Mexicanos, y nuestro gozo no tiene límites cuando recordamos aquellas dulcísimas palabras, que Ella misma se dignó dirigirle al feliz Juan Diego, cuando le dice:

Hijo mío, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeñito y delicado: Sábete, hijo mío muy querido, que soy la siempre Virgen María Madre del verdadero Dios, Autor de la vida. Criador de todo y Señor del Cielo y de la Tierra, que está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un Templo en este sitio, donde como Madre piadosa tuya y de tus hermanos, mostraré mi clemencia amorosa y la compasión que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y me buscan, y de todos los que soliciten mi amparo y me llaman en sus trabajos y aflicciones; y donde oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio.

Estas palabras tan tiernas y amorosas, estos conceptos tan llenos de encanto y de dulzura, destruyen y matan en el orden moral todas nuestras penas, todas nuestras tribulaciones, nuestras miserias todas: no de otra suerte que en el orden material, el rayo destruye y aniquila los insuperables obstáculos que á su paso se atraviesan. Esas consoladoras promesas nos hacen olvidar que aun estamos gimiendo en

este valle de lágrimas, nos hacen creer que ya fuimos trasportados á la mansión de los justos, en donde María, la verdadera Judith es la gloria de la Jerusalén celestial. Elevemos, pues, hermanos míos, con fervor nuestras plegarias, seguros de que serán acogidas en el regazo de esa Madre que es toda misericordia y amor para con los Mexicanos.

Acerquémonos á Ella con confianza, y olvidemos, siquiera sea un momento, nuestra indignidad, para gozar de sus caricias maternas.

¡Ah hermanos míos! Es tanto el gozo que me cabe estar en este lugar santo, cerca de María de Guadalupe, que hoy, más que nunca, lamento la rudeza de mi inteligencia y la pequeñez de mi corazón. Empeño, mexicano soy, y paréceme por esto tener derecho á balbutir siquiera una palabra como el hijo más pequeñito y rudo, ante la insigne y bondadosa Madre de los Mexicanos.

Queretano soy, y aunque el último del Clero de esa Diócesis; pero obediente al mandato de mi dignísimo Pastor, quien en la época actual entre los Obispos Mexicanos, todos en tan alto grado Guadalupanos, es el porta-estandarte de esta devoción, á la vez eminentemente religiosa y eminentemente patriótica: veíame aquí desde luego colocado en un lugar que no merezco; pero que repito, la obediencia me ha obligado á aceptar.

Olvidando pues, por un momento mi insuficiencia, lanzaréme en alas del amor filial hácia mi tiernísima y querida Madre, para suplicarle en compañía vuestra, se digne derramar los torrentes de su misericordia y de su ternura sobre este su pequeñito hijo, que aunque indigno; pero Ministro del Altísimo, va hoy á cantar sus glorias, á pregonar sus bondades, á esfor-

zarse por afirmar y robustecer en la mente y en el corazón de sus queridos hermanos, creencias tan fecundas, principio y sólido fundamento de tan consoladoras esperanzas, y que haciéndonos llevar constantemente nuestra vista fija en el cielo, nos obliga dulcemente á compartir con la inocencia, la debilidad y la desgracia, los bienes que con ese fin hemos recibido de la mano liberal de nuestro buen Dios, por la intercesión y valimiento de nuestra Reyna y Madre piadosísima. Voy, pues, á tratar un asunto de grande importancia, voy á reflexionar un momento sobre verdades que vosotros teneis de antemano muy bien meditadas, y que han sido y son el consuelo más grande que teneis en las distintas épocas en que habeis sentido afligido vuestro corazón. Vosotros por lo mismo, habeis ya comprendido el beneficio tan inmenso que México, nuestra querida Patria, recibió al presentarse en estas incultas peñas la misma Madre de Dios, Reyna de cielo y tierra, y los beneficios sin número que recibimos todos los días. Dígalo si no, el pavimento de este suntuoso Santuario, regado tantas veces por las lágrimas de innumerables peregrinos afligidos, y digan estos muros cómo nadie, ni aún aquellos que desde las zonas más remotas hayan venido á postrarse de hinojos ante esa efigie celestial, han salido sin llevar el más grande consuelo, la más firme esperanza de alcanzar lo que solícitos pidieran. Todo esto le sabeis desde vuestra infancia, y desde entonces teneis arraigada en vuestro corazón la firme creencia y convicción íntima de que, *María de Guadalupe es el Apóstol de México, siendo por esto México, la nación predilecta de Dios, superior á todas las naciones, aún las más favorecidas allende el Atlántico.* Sabeis muy bien que para los Pueblos del Anáhuac, senta-

dos desde remota antigüedad en las tinieblas y sombras de la muerte, antes de la aparición Guadalupeña, apenas aparece en las cumbres del Tepeyac nuestra Soberana Señora, nace la esplendorosa luz que súbitamente disipa las densísimas tinieblas, en las que más bien que vivir vejetaban envueltos. Por lo mismo, al ocuparme hoy de este asunto, no haré más que recordaros vuestras creencias y exhortaros á que jamás las olvideis. ¿Qué son, empero, mis ideas? ¿Qué es mi palabra sin el auxilio divino? Sed, por tanto, hermanos míos, indulgentes conmigo, y ayudadme á implorar los auxilios de la gracia.

¡A tí! ¡Oh María Santísima de Guadalupe! recurro en esta mañana lleno de confianza, é imploro de tu protección divina, los auxilios necesarios para hablar dignamente de tí.

¡A tí, Trono de la Sabiduría Increada! recurro hoy, é imploro de tu grande misericordia los auxilios necesarios para darle principalmente gloria á tu Divino Hijo, y contribuir en mi pequeñez, á la salvación de mis hermanos. Dígnate, pues, te lo ruego, recibir la salutación que con el Angel te hago.—*Ave María.*

En el largo trascurso de cuarenta siglos, el género humano fué víctima del gentilismo. Durante ese largo período habíase por completo alejado de las inteligencias humanas la idea del verdadero Dios, y habíase también alejado por completo de los corazones el amor y el culto que debía tributarle la creatura racional.

¡Horrible situación! ¡Suma desgracia!

Dios Nuestro Señor, sin embargo, en sus eternos decretos tenía señalado el momento dichoso en que la descendencia de Adán despertara á la luz, á la vida, á la felicidad.

Un ángel del cielo desciende con raudo vuelo, y en el silencio profundo de la media noche hiende los aires entonando un cántico armonioso, jamás hasta entonces escuchado en esta tierra miserable.

Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis. Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

A ese canto celestial, conmuévase la tierra, y la descendencia de Adán, fatalmente cargada de grillos y cadenas, y presa al parecer inerme del espíritu del mal, vislumbra á lo lejos el faro que le indica el puerto seguro de su salvación.

Alégrate, pues, tierra desgraciada, sembrada de espinas y abrojos, cuentas ya entre tus moradores al Príncipe de la paz, al Redentor Divino, al Dios de cielo y tierra. Descendencia de Adán manchada por la culpa, acércase ya el fin de tu largo cautiverio, enjuga ya tus lágrimas, tiempo es ya de que cesen tus lamentos, ya tu Salvador estiende su

poderoso brazo para desatar las ligaduras de tu oprimido cuello, vas á recuperar tus derechos y luego entras de lleno en la senda que con seguridad te guía á la mansión de la dicha.

En efecto, Señores, en Belén, lugar santo y bendito, aparece una hermosísima niña de sin par belleza, de gracia singular, teniendo en su celestial regazo un niño, que en la tierra, recostado sobre pajas, sufre por el hombre, y en el cielo es adorado de ángeles, arcángeles, querubines y serafines. Un niño, que más tarde morirá en el sangriento Gólgota para abrirle al hombre la entrada del Paraíso, cerrado para él desde la caída original: salvo es ya por lo mismo, el género humano, relegándose ya al desprecio universal el gentilismo, y delineándose los cimientos de la nueva Jerusalén, que en sus anchurosos ámbitos comprenderá no solo á los dichosos moradores del cielo, sino también á los que regenerados aquí en el baño sagrado, emprenden como intrépidos soldados de Cristo, la gloriosa conquista, que les merecerá laureles que ni el fuego de la tribulación, ni el impetuoso viento de las pasiones, podrán jamás secar ni aún marchitar. Con esto solo, Señores, queda todo dicho.

Registrad la historia de la Iglesia, y vereis el prodigio de los prodigios, vereis cómo el apostolado, elegido por Jesucristo, una vez confortado por el Espíritu Santo, se lanza atrevido recorriendo la tierra de uno á otro polo, y sembrando por doquier la doctrina del mismo Jesucristo.

Vereis cómo ese apostolado fecundísimo, obediente al imperio de su Divino Jefe, *Ite, docete omnes gentes*, Id, enseñan á todas las gentes, en poco tiempo transforman y convierten las tres partes del mundo entonces conocidas: Asia, Africa y Europa.

Veis en fin, por último, cómo con bellissimo orden han sucedido á aquellos santos apóstoles, otros varones inspirados en el mismo espíritu y llamados por Dios á la misma alta misión, que siguieron conquistando las naciones y cultivando en los corazones la fé de Jesucristo durante diez y seis centurias, sin que hasta entonces, ¡Ay! se hiciese mención de tí, Patria mía.

¿Por qué razón, decidme, Señores, México no entró en esa trasformación divina? ¿Por qué motivo México, durante diez y seis centurias vivió sujeto al imperio del Demonio, en la horrible idolatría? ¡Ah! ¡Inescrutables son los eternos juicios de Dios! No le es lícito al mortal penetrar en ese abismo insondable, y sí, admirar, alabar y ensalzar las dispociones eternas efectuadas en el tiempo, del Dios tres veces Santo. Ya llegará para tí, México, tu gran día.

Existió un grande hombre de origen Genovés, de imborrable recuerdo, no solo para los Mexicanos, sino para todo el mundo civilizado, su nombre consignado con letras de oro en la primera página de la historia de América, ¿cuál es? vosotros ya lo estais pronunciando: Cristóbal Colón.

Este insigne descubridor del Nuevo Mundo, tiempo hacía que buscaba con ardoroso anhelo la solución de un arduo y difícil problema, y agitaba en su mente la realización de un proyecto tan colosal y al parecer, utópico, que la brillante pléyade formada por los grandes genios del Egipto, de la Grecia y de Roma, no bastaron ni aún para delinearle, toda vez que carecían de los datos para concebir del mismo una cabal idea.

En efecto, Señores, vosotros sabeis muy bien que tal proyecto le hacía aparecer ante el tribunal de sus

contemporáneos, como un hombre ageno al sentido común. Que perseguía ideales irrealizables; pero que podían ser llevados por él, como lo fueron, á un éxito feliz, puesto que Colón era el genio predestinado, era el instrumento elegido por el Dios de las misericordias para llevar á cabo tan magníficas y trascendentales empresas.

No es propio de la presente solemnidad descender á pormenores históricos; seame sí permitido, Señores, manifestaros que la idea dominante de la Reyna Isabel, á quien Dios principalmente inspiró, el único encargo que le hace al valiente Genovés, es el de sembrar la simiente de la fé católica, llevar la luz del Evangelio por todos los ángulos de ese nuevo mundo y conquistarlo de una manera permanente para Cristo, Rey de las eternidades. Por eso, cuando este grande hombre ve resuelto el difícilísimo problema, cuando pisa por primera vez este nuevo mundo, su entusiasmo no tenía límites, y enmedio del gozo que lo embriagaba, se postra de hinojos, enarbola el estandarte de la Cruz y entona un himno de acción de gracias al Todopoderoso.

¡Acto solemnísimo! ¡Momento dichoso! Jamás la América había escuchado el nombre de Dios; jamás había sentido hasta entonces doblarse una rodilla católica, jamás había visto la luz, no había sido cristiana.

¡Justo es enviarle un voto de gracias á la Católica España, justo es perpetuar la memoria de Cristóbal Colón!

¿Qué indica esto, Señores? ¿Qué decimos hoy que tenemos la dicha de estar en plena posesión de la fé católica? Que Dios Nuestro Señor en su eterna misericordia y divina clemencia, habíase compadecido

de estas ignoradas y sin embargo, tan importantes regiones, y quería eficazmente hacerlas participes del preciosísimo fruto de su divina sangre, derramada á torrentes allá en la cumbre del Gólgota. Que iba á enseñarles su doctrina, iba á inculcarles la fé, la esperanza y la caridad, iba á hacerlos cristianos, iba ¿lo diré? ¡Ah! Sí, lo diré con todo el gozo de mi corazón y con toda la efusión de mi alma: iba á darles por apóstol á su predilecta Madre, la incomparable María. Dándoles en esta grandiosa dádiva, y en especial á México, la prerogativa, y constituyéndolo su nuevo Pueblo de Israel.

Y hé aquí por qué, en las rocas benditas del Tepeyac, aparece nuestra hermosísima y querida Madre, no con gran esplendor en medio de truenos y relámpagos como en otro tiempo apareció Jehovath en el monte Sinaí; sino con la humildad y el encogimiento, y aun bajo la forma y color de una virgencita india.

Observad desde luego, hermanos míos, el modo misterioso, enteramente desconocido al juicio humano, con que Dios Nuestro Señor quiere salvar á nuestra Patria. Observad como su Divina Majestad se vale de medios que, á la prudencia humana, parecerían si no opuestos, al menos desproporcionados para una obra tan difícil, como la conversión de los indios; pero no así á su poder divino, que quería hacernos ver en la Aparición de María, destinada para Apóstol del Nuevo Mundo, una semejanza con la venida del Redentor, allá en el afortunado Belén, cuyo lugar jamás la inteligencia humana le hubiese juzgado trono del mismo Dios.

Ved como en la sorprendente obra de la Redención todo es humildad, oprobio y desprecio para el Hijo de Dios. Ved como ninguna señal aparece que demues-

tre la Majestad, el poder y celsitud del Libertador del Mundo; y sin embargo, al resonar su nombre, se inclinan las naciones, y los hombres reverentes doblan ante El su rodilla.

Del mismo modo pasa en la excelsa y bendita María de Guadalupe, ninguna señal demuestra su grandeza, ningún ángel pregona sus glorias, ningún aparato exterior sorprende á la nación indiana; y sin embargo, ata y cautiva dulcemente al dichoso neófito, y así como el Sol en su salida de Oriente dirige sus primeros rayos hasta las más remotas y escondidas cabañas, colorando las nubecillas que en su paso encontrara, iluminando, embelleciendo y vivificando á toda la naturaleza, así María en el Tepeyac, estiende su influencia divina, su especial protección y su cuidado amoroso hasta la más infima cabaña del pobre indio.

Todo esto, ¿qué prueba, Señores?

Que María de Guadalupe es el Apóstol destinado para salvar á México, cuya misión sublime, jamás ha dejado ni dejará de cumplir.

¡Bendito sea eternamente Dios Nuestro Señor! Bien podemos exclamar con el Profeta Rey: *misericordias Domini in aeternum cantabo*, las misericordias del Señor cantaré eternamente.

Sí, ¡gloria á Dios! ¡gloria á María de Guadalupe! Regocíjese el nuevo Israel, y tribútenle todas las naciones el honor de que es digno el nuevo Pueblo escogido de Dios.

¡Oh Patria mía! yo te amo como el que más, y te amo por que la fé te engendró, por que la fé te *exaltó*, por que la fé te salvó, y por que esa fe la recibiste, la radicaste, y aun la conservas en tu seno por la protección especial de tu Apóstol divino, María Santísima de Guadalupe.